

todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del universo entero sin que el universo se adueñe de nosotros [...] el hombre quiere todas las tierras y todos los siglos, y vivir en todo el espacio y en el tiempo todo, en lo infinito y en la eternidad». Yo no sé si todo hombre siente así; lo que sé es que para escribir algo semejante *hay* que sentirlo. Después de esto, aferrarse a la ilusión del nombre imborrable, querer salvar por lo menos nuestra memoria, casi parece un acto de humildad. La cuestión, ahora, ya no es no morir, sino morirles a los otros. Vivir es obrar, hacer una obra. Imitar a Dios. Satánica arrogancia con que el hombre unamuniano encara los temibles versículos del Eclesiastés y sustituye el *vanitas vanitatum et omnia vanitas* por el *plenitud de plenitudes*: ahí está la venganza del artista contra la muerte, el triunfo de la creación humana sobre la destrucción divina. Esta larga muerte propia, esta agonía sonora, hecha novela, drama, ensayo o poema, será, para ciertos hombres, la salud de la enfermedad de la vida.

Miguel de Unamuno fue, como todo creador auténtico y antes que nada, un restaurador. La contradicción es aparente. Parafraseando, o más bien atribuyendo a su obra lo que el don Fulgencio de *Amor y pedagogía* afirmaba de la ciencia, pienso que la única propuesta de Unamuno en el ámbito de la creación estética era reorganizar el mundo para devolvérselo en orden, o en un nuevo orden, a la divinidad: re-crearlo. En tiempo de surrealistas, futuristas, ultraístas, la literatura de este hombre resulta escandalosa. No sólo por su forma, amiga de las simetrías y el orden clásicos, sino por su intención. «Los grandes poetas», escribe en su *Epistolario*, «han meditado mucho, de un modo u otro, en el misterio de la vida y de la existencia, del principio o del fin de las cosas»; y, en *Del sentimiento trágico de la vida*: «La filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia». En pleno siglo veinte su poética tiene algo de bárbaro. Rastrear sus antecedentes en la Grecia anterior a Sócrates no es alejarse demasiado, se trata de «traducir la Naturaleza en espíritu» y volver a dar con el nombre absoluto de las cosas.

Hay que imaginar a España, aquella España salida de la revolución del 68, las guerras civiles y la República de 1873, del bombardeo carlista a Bilbao («que marca el fin de mi edad antigua y el comienzo de mi edad media»), la España monárquica y anárquica, católica y anticlerical, que entra en el siglo veinte a contrapelo del mundo. Y ahora hay que imaginar a Unamuno, con sus lenguas muertas y sus poetas ingleses, con su Kierkegaard y su Carducci, con su Dios y sus etimologías a lo San Isidoro, con su angustia y sus pajaritas de papel. Nadie como este vasco fue tanto español junto, nadie como él estuvo tan solo en su tierra. «Buscan encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es ateo, es racionalista, es místico o cualquier otro de esos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a la conciencia plena, soy especie única» (*Mi religión*). Y en algún otro lugar, que no recuerdo, se declara hereje, hereje hasta dentro de la herejía, y dice más o menos: «Todo menos un dogma. ¿Y partido? Ah, no: partido nunca. Siempre entero». Ortega y Gasset, queriendo compararlo con algo, dictaminó: «ornitorrinco», y tenía razón. No se parecía a nada. Pero el mismo Ortega cuando lo describe con aquella alegoría del muchachón

de pueblo que, a medianoche, en los bailes castizos, sacude un trancazo al candil, se equivoca adrede: contamina a Unamuno con la oscuridad, con los palos que se dan a ciegos. Y Miguel de Unamuno, filósofo o poeta, novelista o dramaturgo, andaba luciendo por España, alumbrando a España; su inteligencia («esa cosa terrible, la inteligencia») era de una imperdonable luminosidad. España, al apagársele Unamuno, anocheció de golpe. Spinoza, Descartes, Kant, Nietzsche, Schopenhauer, Schelling, Chestov, Avenarius, von Hartmann, Spencer, irrumpieron en España (o España irrumpió en ellos) a través de la palabra de este hombre. Ibsen, Carducci, Leopardi, Carlyle, Tennyson, poetas escandinavos, alemanes, hispanoamericanos (Silva, Darío, Guillén) todo el que se puso a tiro de aquella avidez espiritual dejó algo allí. En 1894, antes que cualquier argentino, mucho antes que Lugones canonizara entre nosotros el *Martín Fierro*, Unamuno ya lo había exaltado ante el entero orbe hispánico. Ignoro si alguien ha hecho la suma de sus lecturas; calculadas a ojo, el número es imponente. Unamuno no era, sin embargo, un erudito o un engarzador de citas: era algo así como un saqueador de almas. Machado escribió que las cosas más originales son las que todo el mundo sabe, sin saber que las sabe; Unamuno decía: «Machado y yo tenemos, a falta de otros, un mérito excelso: el saber repetir. Pero repetir de modo que parezca ser la primera vez» (*Manuel Machado y yo*). El pensamiento ajeno entraba en él y salía de allí sufriendo; las ideas no le importaban, le importaba esa transfiguración que se opera al reencarnarlas desde el propio yo. Las ideas, escribió en alguna parte, si no son más que ideas, conducen al cretinismo. Pascal y Kierkegaard, a quienes Unamuno debe tanto, vistos a través de él, ya no parecen Pascal y Kierkegaard: parecen Unamuno. Su cristianismo salvaje, su hambre caníbal de Dios, tampoco son evangélicos o bíblicos. Ya son únicamente suyos. El Sermón del Monte, aquello de que si te pegan en una mejilla has de poner la otra, él lo entendía (creo) con este agregado: a la miseria. Has de poner la otra a la miseria, la del que te pega. Otro cristiano feroz, León Bloy, ya había entendido más o menos lo mismo. En cuanto a Dios, sentía, como Pascal, que para asomarse a ese abismo hay que abandonar la razón, perderla. «Il faut s'abêtir», decía Pascal. Volverse bestia.

Hay que imaginar a España, la España de Alfonso XIII, de don Jaime, de Ortega y la metafísica germánica que Unamuno ya había inventado en nuestro idioma antes que Heidegger y Jaspers, la España de Primo de Rivera, de la desesperada y caótica República y de la monstruosa y última guerra civil, la España falangista de Millán Astray. Hay que imaginar otra vez, ahora, a este viejo sin especie que en Salamanca, su claustro tapiado al mundo, parecía buscar en las palabras lo mismo que Parménides dos mil quinientos años antes. Vivía tan hacia adentro y en silencio que, en público, no podía callarse. De Primo de Rivera dijo, textualmente: «Un vestido de militar, un putañero, un borracho»; del príncipe de Asturias y don Jaime le bastaba con que uno fuera hemofílico y el otro sordomudo. A Ortega y Gasset, que fue su discípulo pero a quien él mismo, con soberbia humildad, llamaba maestro, lo diluyó de pronto, acaso sin proponérselo, entre «los papanatas que están bajo el influjo de lo europeo». De José María Pemán, un día que quisieron presentárselo en la calle, dijo: «¡No! Quiero morir sin conocerlo»; del idioma vasco, que era un relincho. Todos los países tienen una flor nativa emblemática; la flor nacional de España, para Unamuno, era la ramplonería. Y al joven Miguel Ángel Asturias de 1924, le contestó: «La República, sí, no hay elección

posible». Hay que imaginarlo bien, para entender lo que pasó después. Injusto, arbitrario, generoso, egoísta, creyente hasta el misticismo, casi ateo, genial y grande hasta cuando envidiaba, Unamuno da la razón a Raskolnikov: hay dos medidas. Una, para los hombres ordinarios. Y la otra medida.

Jean-Paul Sartre ha escrito que se muere a destiempo; demasiado pronto o demasiado tarde. Cuando estalló la Guerra Civil, Unamuno, ya septuagenario, aprobó inexplicablemente la rebelión militar de Franco. Le bastó no morir en ese momento para demostrar que, en efecto, hay dos medidas de hombres y que, algunos, mueren en su hora exacta. El 12 de octubre de 1936, el Día de la Raza, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el general Millán Astray se atrevió, en su presencia, a vivir la muerte. Unamuno no lo trató de contrahecho y mutilado, porque Cervantes también era manco: lo trató de imbécil y de criminal, vaticinó el triunfo del fascismo y profetizó la infamia de esa victoria. Después se fue a su casa y se acostó a morir. Pero esto hay que contarlo bien, diciendo toda la verdad.

Unamuno estaba solo y tenía miedo. En el último año de su vida este anciano medio loco, comido por la culpa y acechado por la muerte, conoció por fin el miedo. Hay ciertos hombres muy grandes que, sin que nadie lo sepa, son la cifra de un pueblo entero. Unamuno fue el espejo de España. Y el miedo de un español debe de ser una cosa enorme. Todo empezó con el triunfo de la República «por la que he hecho», decía sin notar la enfática injusticia, «más que ningún otro en España». La República que lo había llevado al rectorado de la Universidad de Fray Luis y lo hizo concejal del pueblo de Salamanca. La clara República que, para Unamuno, significaba el triunfo de la cultura y la civilización, la apoteosis de la libertad de credos e ideologías. Sólo que la República era humana y española, y podía ser atroz. En diciembre de 1933 este concejal republicano había escrito: «Nos llegan tiempos de prueba y confusión. Los cabe-cillas políticos no llegan a desentrañar de los actos del pueblo —unas elecciones, por ejemplo— su estado de ánimo» (*Cartas al amigo*, V); en abril de 1934: «¿Es que no ve que hoy, en esta Patria nuestra, apenas hay quien quiera hacer un examen de conciencia? ¿Es que no ve que todas esas convicciones y esos fervores disciplinarios no son más que mentiras y teatro?» (*Cartas al amigo*, XI); y ese mismo año: «Un vendaval de locura —peor: de estupidez— llegado de Europa está asolando a esta pobre España» (*Reflexiones actuales*). Unamuno ve extenderse el símbolo de la esvástica «emblema racista y del más bárbaro e inculto racismo, del racismo xenófobo y antisemítico [...] emblema zoológico, no antropológico. Animal y no humano», y, sobre todo oye que en nombre de la revolución «se ha arrasado o incendiado alguna vieja iglesia aldeana». Quién sabe, se pregunta, si no volverán las matanzas de frailes. En agosto de 1935, sin aclarar ya de quién habla, alude a «uno de esos discursos políticos, sociológicos, a las masas, a las turbas despersonalizadas» que a lo peor «provoca lo que se llama un levantamiento —suele ser un hundimiento— seguido de un crimen colectivo» (*Algo y algos*); por fin, en mayo de 1936, confiesa su íntimo conflicto espiritual: «A la vista [...] de estallidos populares de locura comunal que recuerdan ciertas epidémicas enfermedades de la Edad Media, vuelve uno la atención al pavoroso problema entre la conciencia colectiva y la individual» (*Schura Waldajewa*); días más tarde, el 19 de mayo, habla de muertos y de matadores, y de la censura republicana, «uno de los más claros